

ciones, los nombramientos y las instrucciones. Allí estaba el núcleo de la resistencia, allí estaba el centro de unión, allí estaban los Supremos Poderes de la Nación, allí, se encontraba plantada la bandera de la República.

Tenemos á la sazón que trasladar la escena á esos lugares.

—¿Qué hay? preguntó don Benito á Lerdo de Tejada á quien vió entrar á su gabinete con un papel en la mano.

—El general Ruiz ha mandado un extraordinario diciendo que se ha replegado del Parral á Santa Rosalía.

—¡Ah! entonces es verdad que avanzan los franceses. . . .

—Sí, señor Presidente, según informa dicho jefe, con una fuerte División.

— Parecía increíble que no lo hubieran intentado antes.

—En efecto, es mucho que nos hayan dejado tranquilos tanto tiempo, cuando debíamos ser los principales perseguidos y aniquilados, contestó don Sebastián sonriéndose.

—Como no hay que pensar en una resistencia eficaz después del terror que ha sobrecogido á nuestras fuerzas con el terrible descalabro de Majoma, dijo el Presidente, será conveniente citar á los ministros para que tomemos una resolución.

—Los ministros están advertidos de lo que pasa y esperan.

—Sírvasse usted mandarles decir que pueden entrar.

Entraron Iglesias y Prieto. El general Negrete, poco docil y algo exigente, estaba ya separado del ministerio de

la guerra, y en su lugar se presentó el oficial mayor, que era por de pronto un coronel retirado.

¿Para qué podía servir entonces en aquellos momentos una Secretaría de guerra y un Estado Mayor, si cada jefe de los grupos armados que defendían el territorio nacional obraba por su propia cuenta? El ramo estaba completamente simplificado.

Como los negocios de Estado en campaña se trataban generalmente en familia, las puertas estaban abiertas y entraban y salían los secretarios particulares, los ayudantes, los generales de servicio, los oficinistas y los amigos, que solían algunas veces emitir su parecer, así es que el Consejo se vió algo concurrido, por haberse propalado ya entre todos los que rodeaban al gobierno las malas noticias.

El señor Lerdo de Tejada manifestó en pocas palabras cuál era la situación.

Los franceses venían en un número respetable marchando sobre Chihuahua, buscando la manera de dar un golpe decisivo á la cabeza de la Administración. Es cierto que en aquella época, era el mes de Julio, los ríos estaban crecidos, los caminos eran difíciles de transitarse y los tres mil hombres que mandaban Ruiz, Aguirre y demás jefes, podían haber defendido el paso con éxito seguro en otras circunstancias; pero el armamento era desigual y defectuoso, el parque escaso y la moral de la tropa se encontraba casi perdida, por lo que aquellos generales que tenían el mando habían considerado inútil la resistencia, prefiriendo fraccionarse y tomar diversos caminos en espera de que se presentaran mejores oportunidades para tomar la ofensiva.

Esto era lo que se había comunicado al gobierno de

la defensa nacional en las comunicaciones acabadas de recibir.

A este propósito, aunque ya los miembros del gobierno conocían á fondo la situación, no era fuera de oportunidad exponerla en términos claros para que se fundaran en los hechos las resoluciones que hubieren de tomarse.

El general Negrete, que había abandonado el cargo pasivo de ministro de la guerra, para ponerse él mismo al frente de las operaciones, comunicaba que había logrado hacer que se le sometieran las diversas partidas del Norte, consiguiendo formar un pequeño ejército en que se encontraban jefes tan valientes y reputados como Escobedo, Guzmán, Méndez y Naranjo; pero que luego se le habían destacado fuerzas muy superiores mandadas por los jefes franceses de más nombradía, las que habían frustrado sus principales proyectos, que eran atacar á San Luis después de haberse apoderado de Matamoros, Monterrey y el Saltillo, manteniendo en su poder estas dos plazas con poquitas probabilidades de poder conservarlas.

De Sinaloa se han recibido algunas noticias y muy atrasadas, siguió informando el ministro. Después de la brillante victoria de Antonio Rosales, obtenida en San Pedro á fines del año pasado, en que logró destruir una columna de seiscientos franceses, tomando prisionero al mismo jefe de la expedición, Corona, con un verdadero puñado de valientes, hace frente á más de seis mil enemigos, y asegura que si pueden darle la mano Durango y Sonora, logrará hacer una campaña eficaz, porque cuenta con gente que está resuelta á combatir hasta la muerte.

En Oaxaca, como es sabido, sufrieron un revés las armas nacionales, y no es lo sensible que se hayan perdi-

do allí en aquella capital seis mil combatientes con todo su material de guerra, sino que se encuentre prisionero su caudillo el general Porfirio Díaz, que es un guerrero admirable por su tenacidad y bizarría.

Quedan no obstante en la liza jefes ameritados como su hermano Félix, el general Figueroa y otros

El ejército del Centro, en que se tenían tantas esperanzas, pues que constaba ya de cerca de ocho mil hombres, ha sido destruido por la traición de Uraga y la derrota de Arteaga, á consecuencia de la cual se perdió el Estado de Colima, huyendo los restos en muy malas condiciones á Michoacán.

En Colima y Jalisco quedan sin embargo muchas guerrillas mandadas por Rojas, Julio García y Echegaray, distinguiéndose por su audacia un joven Adrián Canales, que él sólo, con unos cuantos, tiene en constante alarma á todas las guarniciones que forman el cordón militar de Guadalajara á San Blas y el Manzanillo.

Tantos reveses como hemos sufrido por nuestra parte en esta guerra injusta y desgraciada, para la que estábamos tan poco prevenidos, que casi el pueblo mexicano solo conducido por los buenos patriotas, es el que tiene que combatir, esos reveses, digo, han tenido grandes compensaciones, como son: la derrota de Clinchant en terrenos de Veracruz, la derrota del general Jeaningros por Negrete y Naranjo en el punto de la Angostura, y la muy brillante victoria alcanzada en Tacámbaro por Régules contra los belgas, mandados por el mayor Tydgodt, quien fué herido de muerte, quedando prisioneros más de doscientos hombres. . . .

Al llegar á esta parte de su discurso el señor Lerdo, fué calurosamente aplaudido por el auditorio que se había

formado, no obstante el respeto que inspiraba el señor Juárez y la solemnidad del acto verdaderamente dramático que se estaba allí representando.

Esto hizo que el secretario particular del primer magistrado suplicara á los concurrentes que despejaran el salón.

Cuando los ministros se quedaron solos con el Presidente, el de Relaciones, que era el que estaba dando cuenta, agregó:

—Tendríamos, si quisiéramos, como ustedes saben, las armas y recursos que nos ha ofrecido el gobierno de los Estados Unidos; pero el señor Presidente ha rehusado tales ofrecimientos, creyendo que con su apoyo moral nos basta, tanto más cuanto que, como la mujer de Cesar, no quiere ser ni sospechado de deslealtad á la patria. Ahora bien, ¿qué es lo que debemos hacer en el momento crítico en que nos encontramos? El señor Presidente desea conocer la opinión de sus consejeros.

—Yo opino, dijo el representante del departamento de la guerra, que nos armemos todos y salgamos á encontrar á los franceses.

Iglesias y Lerdo se vieron y se sonrieron. El primero dijo:

—Nosotros todos haremos lo que disponga el señor Presidente, siendo la primera medida que debe tomarse, en mi concepto, la de ponerse á salvo su persona, que es la genuina representación de la República.

Se siguieron emitiendo pareceres, y se dispuso por fin que se expidieran circulares avisando á las autoridades civiles y militares de la Nación, que el gobierno iba á establecerse provisionalmente en Paso del Norte.

Don Benito, sin embargo, no quiso separarse de Chi-

huahua sino hasta el último momento, y como el enemigo todavía tardó más de un mes en llegar, hubo tiempo para que el Presidente, sus ministros y los immaculados hicieran tranquilamente sus maletas, saliendo el 5 de Agosto en plena luz del día, despedidos con lágrimas por los chihuahuenses que tan honrados se consideraban con tener en su ciudad á los Supremos Poderes.

El general Ojinaga, gobernador y comandante militar del Estado, acompañó á Juárez algunas leguas, dejándole una escolta de cien hombres para su resguardo.

El día 16 de Agosto de 1865 hubo un repique simultáneo en todas las capitales, comenzando por la del imperio, y apareció en letras gordas en las esquinas en grandes carteles, la siguiente noticia comunicada por telégrafo:

• Ayer ocupé á Chihuahua sin resistencia. Juárez va huyendo con unos cuantos para la frontera. — Brincourt •



## CAPITULO LVIII.

### *El guerrillero.*

A mediados del año de 1866 se celebraba una boda de gente humilde en un poblado más humilde todavía, que se encontraba por aquel entonces en un punto de la costa llamada San Sebastián, cuyo pueblo desapareció, corriendo los años, á causa de un incendio.

En la misma plaza se había levantado una tienda formada de hojas de palmeras muy verdes y muy frescas, y abajo se había puesto una tarima para los bailadores. Al rededor de esta tarima, que era grande, había unas cuantas sillas para el cura y sus parroquianos, pues que los demás concurrentes no necesitaban asientos porque sólo estaban acostumbrados á sentarse en cuclillas.

Una vez terminada la comida á las cinco de la tarde, comenzó el baile, acompañado de cantadoras, de modo que además del redoble sobre la tarima que podía oírse á